

su efusion, han creado para ella un cuerpo tan hermoso; pero la esencia eterna de esa alma misma, que es lo que yo amo y por lo que soy amado, está en un punto inaccesible para ti.

EUMORFO.—¿Consientes que me valga de un símil?

PROCLO.—Valte de cuantos símiles se te ocurran.

EUMORFO.—¿Quién es más dueño del mundo, la emperatriz Pulqueria que le gobierna, ó tú que le comprendes?

PROCLO.—Yo, que le comprendo. Aunque Pulqueria poseyese, no ya sólo este planeta que habitamos, sino todos los demás planetas, y los astros, y los cielos, no poseería más que un burdo remeio del Universo, tal como el Demiurgo le contempla en el Paradigma, ántes de sacar la copia ó el traslado. Pero me inclino á sospechar que eres un majadero, y que no entiendes ni entenderás jamás estas cosas.

EUMORFO.—No te sulfures, maestro. Si yo no entiendo esas cosas, entiendo otras más fáciles y agradables de entender. Asclepigenia tendrá quizá su Demiurgo y su Paradigma misteriosos que tú entiendes y posees; pero sus cielos, sus planetas y sus estrellas, son míos desde hace algunos meses.

PROCLO.—Qué palabra dijiste?

EUMORFO.—Dije que Asclepigenia filosofa contigo; que contigo no quiere ni quiso nunca peligrar; pero que conmigo no hay peligro que no arrostre.

PROCLO.—Por las divinidades superiores é inferiores, que en larga serie proceden del Uno, confieso que me duele lo que acabas de descubrirme. Sin embargo, todo se explica satisfactoriamente dentro de mi sistema. Las cosas son como son; y no pueden ser

mejores de lo que son, porque, como son, son perfectas segun su grado.

EUMORFO.—Consuélate con ese trabalengua.

PROCLO.—¿Y por qué no consolarme? Asclepigenia y yo, con el libre albedrío de nuestras almas, dispusimos amarnos, y nos amamos y seguimos y seguiremos amándonos eternamente, ayudados del favor divino, que acude á nosotros en virtud de la plegaria. Contra esto nada puedes tú; nada pueden tus iguales. Hay, á pesar de todo, en la efusion de las potencias del alma, algo de corpóral que está sujeto al hado. Esto es lo que he perdido en Asclepigenia. La fatalidad me lo roba. El libre albedrío de ella no ha sido bastante brioso para defenderlo con heroicidad. Pero la discordia entre el libre albedrío y el hado será al fin dominada por la Providencia, la cual lo purificará todo, reduciéndolo á la celestial y maravillosa armonía, que casi toca y se confunde con el Uno *hiperhipostático*.

EUMORFO.—Tu discurso suena tan peregrino en mis profanas orejas, que me induce á creer ó que eres un prodigio de prudencia semi-divina, ó que estás loco de atar.

ESCENA VI.

DICHOS, MARINO.

MARINO.—Un respetable anciano pide permiso para entrar á hablarte. Se llama Crematurgo. Es el más rico capitalista del imperio. Ha hecho del modo más

filantrópico la mayor parte de sus riquezas. Ha traficado en cierta clase de individuos, que ya dirigen en los alcázares los negocios más difíciles, ya sirven sin infundir recelos á los maridos celosos, ya cantan como serafines en las iglesias. Retirado ahora de esta fabricacion y comercio, se dedica á prestar al gobierno y á los particulares al cincuenta por ciento al año. Con tales virtudes, excelencias y servicios, no debe chocarnos que haya merecido el favor de la emperatriz y de sus ministros, los cuales le colman de distinciones. Ya le han nombrado conde Palatino y se anuncia que van á crear para él el título singular y nuevo de *Sebastocrátor*.

PROCLO.—¿Y qué pretenderá de mí ese tunante? Vamos, dile que éntre y le oiremos.

(Vase Marino.)

EUMORFO.—Y yo ¿qué hago?

PROCLO.—Escóndete de nuevo donde estabas.

(Vase Eumorfo.)

ESCENA VII.

PROCLO, CREMATURGO.

CREMATURGO.—¡Oh faro de las más altas especulaciones! ¡Oh déspota de los genios y demas poderes sobrenaturales!...

PROCLO.—Está bien. No me adules. Dí qué pretendes de mí.

CREMATURGO.—Tú, que lo sabes todo, ¿no podrías

decirme de qué medio me valdré para que mi amada sea mía, solamente mía?

PROCLO.—No llega tan léjos mi saber. Si llegara, le hubiese yo empleado en favor mio, que buena falta me ha hecho.

CREMATURGO.—Veo que tu saber no vale un comino. Harto me lo sospechaba yo.

PROCLO.—Expon, no obstante, tu caso, y allá veremos si puedo remediarte ó darte al ménos algun consejo útil.

CREMATURGO.—Yo estoy prendado de la más hermosa mujer que hay en Byzancio. Por ella hago descomunales desembolsos. No hay primor, ni refinamiento, ni objeto de arte, que ella no logre por mí. He traído para ella telas bordadas del país de los Seras, alfombras de Ctesifon, perlas y diamantes, papagayos y monos de la Indja, perfumes y oro de Arabia, y chales de Cachemira. Su palacio encierra muebles incrustados de marfil y nácar, estatuas de mármol de Páros, vajillas de plata, vasos de Nola y jarrones del extremo Oriente, que tienen un barniz desconocido en los imperios de persas y de romanos. Ella hace visitas á mi costa en silla de manos lindísima, ó se pasea ó va al circo ó al hipodromo en reluciente carroza ó *harmamáxa*, tirada por cuatro blancos caballos. En fin, nada le falta. ¿Cómo me compondré para que ella no me falte á mí?

PROCLO.—Lo discurriremos. Para mayor ilustracion del asunto, infórmame de quién es esa dama que tan caro te cuesta.

CREMATURGO.—Es Asclepigenia, la hija del filósofo Plutarco.

PROCLO.—¡Profundos cielos! ¿Quién lo hubiera podido imaginar en la vida? Tú eres mi rival.

CREMATURGO.—¿Tu rival? Pues qué, ¿también á tí te ama? ¿Qué le das tú, esqueleto pordiosero y ambulante?

PROCLO.—El alma, la esencia eterna. Pero sabe ¡oh sátiro vetusto! que todavía tienes otro rival. Sal, Eumorfo.

ESCENA VIII.

DICHOS, EUMORFO.

CREMATURGO.—¿Qué descaró es este? ¿Cómo te atreves, Eumorfo, á presentarte y á rivalizar conmigo? Tengo en mi poder cuatro pagarés tuyos vencidos y archivencidos, y voy á ejecutarte mañana.

EUMORFO.—Refrena tu furor, generoso magnate. Yo ignoraba que Asclepigenia te perteneciera.

CREMATURGO.—Sea como sea, lo cierto es que Asclepigenia nos ha burlado á los tres galanes. El acaso, ¿qué digo el acaso? la diosa Minerva nos ha reunido aquí para desengañarnos. Vamos á ver á Asclepigenia y á decirle lo que merece. Ella me aguarda solo. Venid en mi compañía.

EUMORFO.—Vamos.

PROCLO.—Vamos. (Proclo toma su báculo de filósofo, y salen juntos los tres.)

ESCENA IX.

Estrado ó *parastasio* rico y elegante en casa de Asclepigenia, adornado con estatuas y pinturas, é iluminado con lámparas, unas pendientes del techo, otras colocadas sobre mesas délficas.

ASCLEPIGENIA Y ATENAIS.

(La primera aparece reclinada, casi tendida lánguidamente en un *esquimpodio* ó silla-larga. Atenais, á su lado, en un taburete.)

ATENAIS.—¿Con que has visto á tu primer amor?

ASCLEPIGENIA.—Sí, le he visto. Me ha dado lástima. Está flaco, pálido, apergaminado. Y luégo ¡qué sucio! Doy por cierto que en los quince años que ha vivido léjos de mí no se ha lavado una vez sola ni siquiera las manos.

ATENAIS.—Ese grave defecto tiene el espiritualismo ó misticismo, que ahora priva y cunde. Parece que las virtudes á la moda exigen que sean puercos los virtuosos.

ASCLEPIGENIA.—Y no es eso lo peor, sino que se apodera de los ánimos una tristeza vaga y sofisticada que los enerva; tristeza que los antiguos apenas conocieron; un menosprecio del mundo y de las dulzuras de la vida, que despuebla las ciudades y puebla los desiertos; un desden del bienestar y de la riqueza, que roba brazos á la agricultura y á la industria; y una mansedumbre resignada, que amengua el valor del ciudadano y del guerrero. Más que Atila y todos los

bárbaros, me hacen préver estos síntomas la total ruina de la civilizacion. Pero volviendo á la suciedad y descuido en la persona, te aseguro que me ha dado grima ver á Proclo. Ofende toda nariz medianamente delicada.

ATENAIS.—Cruel inconveniente es ese si has de vivir con Proclo.

ASCLEPIGENIA.—Yo sabré remediarle. No me meteré en discusiones ni en consejos, sino que, á modo de broma, haré que mañana le cojan dos esclavos ántes de comer, le soplen en un baño y me le laven y frieguen con pasta de almendra, y me le froten con aromoso *diapasma*. El mismo se sentirá mejor despues, y tomará la costumbre de lavarse.

ATENAIS.—Pero, declárate con franqueza; á pesar de estar Proclo tan viejo, tan estropeado y tan sucio, ¿le amas todavía?

ASCLEPIGENIA.—Le amo y le adoro. Se me figura que él es la última encarnacion del maravilloso genio de Grecia. Amándole, se magnifica y ensalza todo mi sér, hasta considerarme yo misma como la ciencia, la poesía, la civilizacion griega personificada.

ATENAIS.—En efecto, Proclo es el príncipe de los filósofos. Tu padre Plutarco y mi padre Leoncio, notable filósofo tambien, le veneraban como superior á ellos. Comprendo, pues, que ames á Proclo.

ASCLEPIGENIA.—Una doncella tan sábia, educada con esmero en Aténas; una poetisa tan inspirada como tú, en quien veo renacer, en edad temprana, las altas prendas de Hipátia, no podía ménos de comprender este amor mio que descuella sobre mis otros amores.

ATENAIS.—Es un dolor que no pueda ser el único.

ASCLEPIGENIA.—La culpa, hasta cierto punto, la tiene el pícaro misticismo. Por él nos separamos. Sin él hubiéramos vivido juntos, hubiéramos sido humanamente amantes y esposos, y ni yo hubiera caído, ni Proclo hubiera llegado á ser, con lamentable precocidad, y quedándose pobre, un vejestorio tan incapaz y tan feo.

ATENAIS.—Tu propósito era difícil. No extraño que no hayas podido cumplirle. El temple de alma de la emperatriz Pulqueria es rarísimo.

ASCLEPIGENIA.—¿Qué temple de alma ni qué calabazas? Ella es emperatriz y no necesita de un Crematurgo.

ATENAIS.—¿Tiene acaso algun Eumorfo?

ASCLEPIGENIA.—¡Vaya si le tiene! [Nadie lo ignora, ménos tú, que estás en Babia, y Marciano, que hace la vista gorda.]

ATENAIS.—¿Y quién es ese feliz mortal?

ASCLEPIGENIA.—El lindo y gracioso Paulino.

ATENAIS.—Pues no tiene mal gusto la santa. (Aparece una sierva.)

SIERVA.—Señora, Crematurgo pide licencia para entrar.

ASCLEPIGENIA.—Que éntre. (Váse la sierva.)

ATENAIS.—¿Me retiro?

ASCLEPIGENIA.—Retírate. (Vase Atenais.)